

Controversia

El consumo: economía, cultura y sociedad

Mayra Espina
Ángel Hernández
Viviana Tогores
Rafael Hernández

Rafael Hernández (moderador): Esta sesión de *Último Jueves* discutirá la problemática del consumo en sus dimensiones económica, social y cultural. Primera pregunta: ¿qué es el consumo?, ¿cómo se genera en el mundo contemporáneo globalizado?

Ángel Hernández: Se trata de problemas acuciosos en el mundo actual y para nosotros, específicamente, a partir de los años 90, también representan un problema, aunque no solo a partir de esta década. Tratando de seguir un orden lógico para responder qué es el consumo y cómo se generan sus patrones en un contexto globalizado, creo que podemos encontrar tres problemáticas diferenciables entre sí: la primera, el contexto de consumo; la segunda, sus patrones y, por último, esos patrones en el contexto globalizado en el que está inmerso nuestro país.

Hay una primera definición del consumo como una fase dentro de una totalidad integrada por la producción, el intercambio, el cambio y el consumo —es el terreno teórico en el cual Marx reflexiona sobre este fenómeno, y establece algunas relaciones de determinación entre el consumo y el resto de los elementos. Pero no es en este nivel en el que quiero exponer mis reflexiones, sino en uno más concreto; es decir, buscando una definición más operativa del consumo. Este puede ser definido como el conjunto de bienes y servicios de todo tipo que una unidad social determinada —la familia, el individuo, o ciertos grupos sociales— adquiere con la finalidad de satisfacer sus necesidades. Visto de esta forma, el consumo es una categoría histórico-social, producida en el marco de unas relaciones sociales determinadas que dan lugar a un patrón específico.

Para hablar de consumo, lo primero que hay que tener en cuenta es a los consumidores, es decir, las personas a quienes les acaece —diría un demógrafo—, la problemática del consumo. La mercadotecnia ha contribuido, en buena medida, a segmentarlos siguiendo determinados criterios o variables socioeconómicas o de comportamiento. En segundo lugar, se encuentra la oferta, que es, en muchos casos, una especie de imposición, porque se les dicta a todos los miembros de una sociedad un determinado modo, una determinada manera de consumir; les impone, incluso, estilos de vida. La oferta es distribuida y comercializada mediante lo que se denomina las formas comerciales, otro de los actores fundamentales en el consumo. Son las instalaciones —que realizan funciones mayoristas o minoristas— las que contribuyen a la comercialización de bienes y servicios y son los puntos finales del proceso en el cual se confrontan la oferta y la demanda. Forman parte de las formas comerciales las tiendas y sus diferentes variantes, que realizan esta función distributiva hasta el consumidor final. Otro factor son los precios. En todas las sociedades contemporáneas —sean socialistas o no, socialismos más centralizados o menos centralizados, capitalismo mejores, medios o peores—, todos los productos tienen un precio; por lo tanto, esta es una de las problemáticas inmersas en el consumo. Asimismo, los canales de mercado o la gestión logística y distribución física, la organización del comercio mayorista, el comercio minorista, los canales internacionales, etc. De igual forma, dentro del consumo desempeña un papel la comunicación promocional, que ofrece la información sobre características y propiedades de los productos y servicios a través de los más variados medios.

Es interesante notar cómo el consumo es uno de los aspectos diferenciadores entre las sociedades capitalistas y los proyectos de desarrollo alternativos como el socialismo. De eso se trata cuando se habla de consumismo, de sociedades de consumo, un terreno algo riesgoso, porque a primera vista pudiera parecer que existen sociedades que consumen y otras que no, cuando lo cierto es que este concepto no sirve para calificar o diferenciar a unas sociedades de otras. Por otra parte, también el término «consumismo» tiende a ser más ideológico que científico, puesto que denota cierta actitud por parte de grupos o segmentos de consumidores tendentes a sobrepasar los límites racionales del consumo, aunque también el concepto de límites racionales es no científico.

El tercero de los problemas se relaciona con el proceso de globalización, que implica para nuestros países del Tercer mundo algunas tendencias de suma importancia: las migraciones internacionales; las transferencias de remesas que los emigrados giran a sus países; y por último, las tendencias en el transporte, con el aumento de la oferta de movilidad entre países.

Rafael Hernández: ¿En qué medida el consumo tiene una significación directa en los grupos sociales, según sus diferencias?, ¿hasta qué punto es algo extensible al mundo entero de acuerdo con las características del sistema social?

Mayra Espina: El primer problema es tener algo que consumir, y parece que los déficits son grandes. Hicimos bien en empezar por Ángel, porque abordó la estructura desde la visión de una sociología del consumo. La mía —que seguramente luego quedará mucho más reforzada con lo que diga Viviana Togores— es más desde una sociología de las desigualdades; precisamente el consumo como una dimensión de la desigualdad. Desde esta perspectiva —sin negar la manera en que Ángel ha conceptualizado el asunto—, lo más importante es que el consumo es una relación social, y en dependencia del orden más general en que está incluida esa relación, expresa la igualdad, desigualdad, simetrías y asimetrías, horizontalidades y verticalismos. Hay, por supuesto, una relación de poder que la atraviesa. Entonces, la arista del consumo puede considerarse una de las que más visibiliza la desigualdad,

porque está profundamente segmentado, estratificado. Esta estratificación tiene un primer pivote en los ingresos, como decía Ángel, en lo que realmente un individuo o una familia puede consumir atendiendo a su capacidad de adquirir bienes o servicios. La noción de patrón, por tanto, es totalmente válida para analizar el consumo, como toda relación social es histórico-cultural, y tiene un componente de intersubjetividad, simbólico y cultural, muy fuerte.

Son perfectamente distinguibles maneras de consumir generales, nacionales, regionales, culturales y también estratificadas. Esos patrones tienen un componente externo, de constricción estructural. No me gusta la división objetivo/subjetivo, por demasiado polar y dicotómica, pero habría una constricción externa al sujeto asociada con los bienes realmente disponibles en una sociedad. ¿Qué es lo que está al alcance de los sujetos —teóricamente al alcance, no estoy hablando del plano de lo que puede adquirir—, de qué se dispone, cuáles son las opciones?

La segunda constricción es la capacidad individual o familiar de acceder al consumo. Vamos a aclarar que, cuando se habla de consumo, incluimos el material, pero también el de bienes de otra naturaleza, espirituales, y de servicios. En rigor, muchas veces hay también un debate en torno a si es legítimo hablar de consumo solo en circunstancias de distribución de mercado, o si el consumo implica todo acto de apropiación de un bien para satisfacer necesidades. A mí me gusta esta segunda variante. Creo que el consumo es una apropiación individual o colectiva de un bien o un servicio para satisfacer una necesidad. Es relevante la noción de necesidad y su satisfacción para analizar la cuestión de los patrones y las desigualdades. Y se presenta una tercera constricción, de carácter cultural, histórico, que son las necesidades sentidas y los satisfactores que se consideran deseables o apropiados en una sociedad o grupo.

Viviana Togores: Estoy de acuerdo con Mayra en la definición de consumo. Incluye no solo lo que tú puedes adquirir mediante un acto de compraventa, sino lo que eres capaz de proveerte para satisfacer una necesidad, aunque no medie la compraventa. Según Paul Krugman y Maurice Obstfeld, se llama consumo a la parte del Producto Nacional Bruto (PIB) adquirida por el sector privado en casi todos los países; el gasto en consumo es el componente más importante del Producto Nacional Bruto. Esta definición de consumo, más cercana a la de Mayra, incluye además de lo que pueden consumir las personas mediante un acto de compraventa en el mercado —sean entradas de cine, una lavadora, un refrigerador, una casa, o un servicio de mantenimiento—, el llamado consumo de gobierno o consumo social, hecho a través de la redistribución de ingresos, y variable en dependencia de la política que tenga el país hacia ese tipo de consumo. Lo que obtiene el consumidor o la población por esta vía es un conjunto de bienes o servicios ofertados de forma gratuita o subvencionada a determinados segmentos de población o a la población entera, en dependencia de cómo esté estipulada la política. Independientemente del sistema social que impere, este tipo de consumo existe en cualquier sociedad, con un mayor o menor peso con respecto al consumo personal.

Rafael Hernández: Me he preguntado muchas veces qué factores operan en el socialismo, a diferencia de una sociedad capitalista —donde hay una cantidad de elementos que forman parte del contexto del mercado mismo, de existencia y funcionamiento central—, que crean diferencias fundamentales entre una manera y otra de consumo como actividad social. Si tratamos de entender la naturaleza del consumismo en un sistema socialista, es posible apreciar que el socialismo genera una forma específica de patrones de consumo no «racionales» —y sé que este término «racional» es muy discutible, lo uso en el sentido de tener una definición jerarquizada y estructurada de las necesidades. Este consumismo se relaciona no solo con la

forma de funcionamiento de la economía y del consumo mismo, sino también con factores de carácter histórico y cultural que pueden y deben, seguramente, estar presentes. ¿Cómo podemos entender la naturaleza de estos factores en el caso de un país socialista, por contraste con lo que ocurre en una sociedad o en una cultura capitalista?

Mayra Espina: El tema consumo yo no lo diferenciaría tanto. En efecto, tiene diferencias entre una sociedad y otra, pero para mí las mayores diferencias las imprimen la educación, el nivel cultural de las personas, el acceso a ese consumo y la historia que está marcando el patrón de consumo. Creo que el ingreso es determinante en todos los casos sobre los sistemas. A mi juicio, en el socialismo siempre ha habido un consumo reprimido, porque en la mayoría de los países socialistas, con un sistema de racionamiento u otro, las personas se han visto restringidas a consumir cantidades predefinidas de productos, en mercados preestablecidos y de calidades variables, sin mucha oportunidad de elegir o escoger dónde consumir y qué consumir o qué es lo que yo más necesito consumir. En el caso de Cuba, que es típico, con el objetivo de proteger a la mayoría de la población, hemos establecido un sistema de racionamiento que a mi modo de ver, tiene que cambiar, porque no todos necesitamos lo mismo. Y con un cambio en ese sistema podríamos beneficiar a capas de la sociedad que están en situaciones muy difíciles por sus ingresos, y sin embargo todos tenemos acceso a la misma cantidad de consumo.

Rafael Hernández: Si pensamos en las experiencias socialistas históricas, no en todos los casos el sistema de consumo estuvo basado en el racionamiento o en una distribución estricta de cuotas. Aunque en el caso cubano ha sido así.

Mayra Espina: Sí, yo estoy de acuerdo, pero en la mayoría de los países socialistas el consumo estuvo muy limitado a la producción de países socialistas, y a una oferta limitada por su variedad y calidad, con muy bajo perfil de posibilidad de elección.

Viviana Togores: Al margen de las diferencias nacionales puntuales, cuando uno observa a la sociedad capitalista y la socialista, puede encontrar un modelo en la aspiración de consumo, hasta como hecho político, en el papel que se le asigna al consumo dentro del orden social. En el capitalismo, el consumo es incluso un factor impulsor de dinámicas sociales, y también una finalidad. El socialismo, al menos como modelo, aspiró a todo lo contrario; más bien se produjo una demonización del consumo; incluso, trató de proclamarse como una sociedad de productores; es decir, consumir era prácticamente pecaminoso y, por lo tanto, había que consumir solo lo imprescindible. Se encuentran una serie de diferencias en los rasgos del modelo de consumo, en lo que representa, en una y otra sociedad. Por ejemplo, en el capitalismo, al ser un criterio de organización de la sociedad, es estratificado y asimétrico, lo que no se ve como defecto, sino como expresión de una relación de poder; es prácticamente central, no está preocupado por la racionalidad, sino todo lo contrario. En una gran medida, depende de los ingresos, y esto se ve como positivo.

Ángel Hernández: En el consumo, la variable ingresos es importante. Aunque no sepamos mucho acerca del contenido mismo de lo que se adquiere con dichos ingresos o sobre la calidad de lo comprado, lo cierto es que en los países capitalistas desarrollados el acceso al consumo está determinado por estos niveles de ingresos.

En las sociedades capitalistas desarrolladas existen estratos diferenciados por estos niveles de ingresos; se verifica una gran distancia entre los de mayor nivel de ingresos y los de menor. Hay una polarización mayor que en otras sociedades. En Cuba, también tenemos niveles de desigualdad, como explicaba Mayra; pero la

distancia entre unos y otros es mucho menor que la que puede existir en las sociedades capitalistas. En nuestro país se produjo, en los inicios de la década de los 90, un cambio bastante radical en el comportamiento de los consumidores, provocado por transformaciones del modo de producción como consecuencia de las medidas aplicadas para afrontar la crisis; entre ellas, la coexistencia de un mercado interno en divisas con otro mercado en moneda nacional.

Algunos núcleos familiares reciben ayuda monetaria de sus miembros que residen en el exterior, lo cual los pone en una situación ventajosa en relación con aquellas familias que no reciben ayuda. Trabajo en una gran empresa que se dedica, esencialmente, al comercio minorista en divisas y factura más de mil millones de pesos cubanos convertibles anualmente. En ese contexto, he tenido que efectuar segmentaciones de los consumidores por niveles de ingresos a fin de poder conocer y evaluar la demanda de estos grupos y, en la medida de lo posible, adecuar la oferta a esta demanda diferenciada. En este sentido, hemos construido seis tipos de familias de acuerdo con los niveles de ingresos, tanto en moneda nacional (CUP) como en pesos cubanos convertibles (CUC). Estas cifras varían de un año a otro, en dependencia de las variables que les afectan. No es una muestra representativa, de modo que los valores son aproximados. De acuerdo con los resultados de esta segmentación, 4% del total de núcleos no recibe ayuda ni tiene ingresos en divisas, consumiendo solo los productos adquiribles en CUP. El 8% de los núcleos recibe ingresos mayores a 1 000 CUC mensuales. Son los núcleos familiares de mayores niveles de ingresos. El 70% de las familias recibe ingresos menores a 200 CUC, mientras que 10% recibe entre 201 y 399, y 8% entre 400 y 599. De esta forma, es posible estructurar una oferta dirigida a cada grupo de familias atendiendo a sus niveles de ingresos. Ahora bien, no solo el nivel de ingresos determina el consumo porque otros determinantes del consumo, como la edad, el sexo, la escolaridad, el nivel cultural, entre otros. Las necesidades también desempeñan un papel importante en el empleo de esos ingresos, ya que las familias y sus miembros pueden tener ideas acerca de sus necesidades que determinan su consumo.

Sin embargo, para el consumo son tan importantes la oferta o la conformación de una estructura de bienes y servicios, que contribuyen a la satisfacción de esas necesidades. La esfera de la estructuración de la oferta tiene, en nuestro país, características *sui generis*. Uno de los principales nudos a que nos enfrentamos en la estructuración de una oferta adecuada a los ingresos y a las necesidades diferenciadas de los consumidores, tiene que ver con el límite racional de la demanda, dada por la limitación que puede significar —y de hecho significa— el precio de las mercancías y los servicios. La estructuración de una oferta adecuada a los niveles de ingresos pasa por un momento difícil. Existen ofertas reguladas, criterios no basados en las necesidades, y sobre todo, una especie de presuposición de lo necesitado sin haber investigado previamente con los consumidores su necesidad real. Se presupone que se necesitan zapatos, aceite y determinados tipos de panes, por ejemplo. El consumo en el socialismo corre determinados riesgos, entre ellos, el que se determine desde arriba y se defina apriorísticamente en qué consiste la necesidad y en qué forma o con qué objetos se debe satisfacer. Hay necesidades de personalización, una tendencia que se da en todos los países desarrollados. Los países pobres también tendremos que asimilar la tendencia a personalizar las necesidades y la oferta cada vez más; hacer compañías más humanas.

Viviana Togores: Me gustaría empezar por el punto final de ambos ponentes. En Cuba, el problema de los consumidores antes de los años 90 era mucho más agudo; ahora sigue existiendo, pero se les respeta un poquito más. Antes de esos años no existían consumidores, sino receptores de productos asignados que llegaban a un

lugar a recibir lo que les daban; después siguen existiendo receptores, pero ha empezado a despertarse la cultura del consumo y del ser consumidor; se exige como consumidor. Este cambio no ha tenido una contrapartida por parte de las instituciones que ofertan los diferentes productos y/o servicios, porque seguimos siendo tratados como receptores, no importa en qué moneda se pague, ni en qué mercado se compre.

Por otra parte, el consumo —independientemente de los factores educativos, culturales, históricos—, depende de dos factores económicos fundamentales: uno el ingreso, no importa de dónde provenga; otro, la capacidad productiva o importadora de un país. Sobre estos aspectos está fundamentado el consumo, y no sobre las aspiraciones de consumir. El ingreso que recibe la población proviene de la producción —los salarios, las remesas y transferencias—, y de la redistribución secundaria, a través de las prestaciones estatales a la población, ya sea por la vía de la seguridad social, la asistencia social o por el conjunto de servicios gratuitos o subvencionados.

Si hablamos de los factores que condicionan la oferta (producción e importación), en la década de los 90, la economía cubana experimentó la mayor crisis de los últimos cien años. Esta, que ya venía gestándose desde mediados de los 80; encontró su detonante en la desaparición del bloque socialista, en cuyos mercados Cuba tenía concentrada la mayor parte de su intercambio comercial. Se produjo una fuerte contracción del funcionamiento de la economía nacional; el PIB experimentó una abrupta caída de 34% entre 1990 y 1993; la economía prácticamente se paralizó, las industrias estuvieron trabajando entre 10 y 15% de sus capacidades. Por otra parte, se disparó la liquidez, ya que no había producción y no se importaban bienes de consumo; se produjo una gran presión sobre lo que se estaba ofertando, la gente no tenía en qué gastar el dinero por falta de oferta y se produjo una acumulación de alrededor de un año de salario en manos de la población. Con la crisis también desaparecieron los mercados alternativos al normado, e incluso la parte del mercado normado destinada a garantizar ropa, calzado y otros bienes para el hogar quedó reducida únicamente a la cuota de uniformes escolares. De este modo, quedaron como únicas alternativas de consumo el mercado racionado, con una oferta de productos bastante limitada en cuanto a cantidad y a calidad, y el mercado negro, que se disparó a precios astronómicos.

Evidentemente, todos estos factores, contrajeron la dinámica de consumo de la población, tanto el consumo total, el de los individuos, como el llamado consumo social. El consumo total descende, a partir de 1989 y hasta 1993, en 31%. El consumo individual es el que más cae, 38%, mientras que el social solo lo hace en 7%. Este comportamiento del consumo social es resultante del mantenimiento como política de un conjunto de servicios a la población; de hecho, su deterioro se siente un poco menos que el del consumo individual, aunque su caída continúa y no frena hasta 1996. El consumo individual, sin embargo, experimenta una recuperación mucho más rápida, cuando mejora la oferta y se produce la apertura de nuevos mercados por los efectos del paquete de ajuste económico que se aplica para sanear las finanzas del país y para reactivar las producciones y reubicar el comercio exterior. Un análisis del valor de las importaciones —un elemento clave para la mejoría de la oferta de productos y servicios— nos lleva a reconocer que en este período se incrementan por el efecto del alza de precios de estas mercancías en el mercado mundial, lo cual implica para el país erogar mucha más cantidad de divisas para traer lo mismo y a veces de menos calidad. Esto, por supuesto, atenta contra el consumo. Por otra parte, la recuperación de la economía y el crecimiento del PIB se van a dar fundamentalmente en sectores como el turismo, el níquel, la industria mecánica, entre otros, no vinculados con el consumo, pues no producen comida, ropa u otros artículos necesarios para mantener niveles de vida dignos.

La agricultura cayó 43%, lo que implica un deterioro del consumo. La recuperación de la agricultura es muy lenta, teniendo en contra, además, que nunca fue suficiente para suplir las necesidades del país en cuanto a alimentación, porque más de 50% del consumo de alimentos era importado.

Volviendo al tema de los ingresos y de la estratificación del consumo, preferiría no situar el centro de atención en las remesas, pues si bien son importantes para el análisis, no son el único elemento, ni tampoco aquel sobre el que se posee la información más exacta. Para mí, es mucho más importante lo que se está generando internamente en el país desde el punto de vista de los ingresos del sector emergente y de los trabajadores por cuenta propia: dinero que recircula el turismo específicamente, una masa monetaria bastante grande. En cuanto a las remesas, hay muchas personas que han establecido cálculos de las cantidades, y yo respeto esas estimaciones; pero la mayor parte de las remesas no entran a Cuba por transferencias bancarias, sino con las «mulas» por la terminal dos del aeropuerto José Martí. Es difícil contabilizarlas, pero sí se sabe que empieza a haber una diversificación de sus lugares de procedencia, ya no son únicamente los Estados Unidos. Tampoco soy partidaria de asumir como parámetro los porcentajes que aparecen en algunos informes económicos, según los cuales entre 30 y 50% de la población cubana maneja divisas. Hay muchas personas que acceden a un dólar mensual o a ninguno, mientras que otras manejan cientos o miles al mes.

Por otro lado, surge la interrogante de qué ha pasado con el salario nominal de las personas. Ha crecido, es cierto; pero su ritmo de crecimiento no se corresponde con el de la inflación. El salario real de las personas, en los peores años de la crisis, disminuyó su poder adquisitivo a la mitad prácticamente. Ni aun considerando los incrementos de este último año se logra superar la brecha existente entre lo que me pagan y lo que puedo comprar con ese dinero. La solución a este problema pasa por generar una mayor oferta, que se debe lograr, fundamentalmente, mediante incrementos en la producción nacional —lo cual la haría sustentable y menos frágil a los cambios del mercado internacional—, sin desprestigiar los aportes de las importaciones. Los incrementos de salario pueden ayudar a disminuir la brecha solo si se producen a la par incrementos en la oferta que impulsen la disminución de los precios. De lo contrario, de mantenerse los precios o incrementarse, se anularía el efecto del incremento de salario. El salario real o poder de compra del salario y en sentido general de los ingresos de la población, solo se recuperarán en la medida en que aumenten las producciones y disminuyan los precios en los mercados.

¿Qué ha ocurrido en los mercados? El agropecuario, por ejemplo, tuvo una baja en los precios en los primeros años, después un período de estancamiento e incluso de alza de los precios de algunos productos. En el mercado en divisas hubo un alza de los precios en general y una pequeña disminución, no suficiente, de algunos productos básicos, que no ha estado en correspondencia con el incremento de los precios que experimentaron los otros productos. En mi opinión, se podían haber bajado mucho más los productos básicos, porque todas las personas no tienen acceso a ese mercado o se les hace muy difícil obtener los pesos convertibles para acudir a él, además de que existe un conjunto importante de estos productos —sobre todo los de aseo, la leche, el aceite— que, fuera del mercado normado y el de divisas, la población solo puede obtener en el mercado negro.

La tasa de cambio es un elemento importante entre los ingresos en pesos de la población y la moneda que permite el acceso a este mercado. Gracias a las casas de cambio (CADECA), se ha seguido una tendencia a la baja, con cierto estancamiento en los últimos años, porque desde 180 pesos por dólar en el mercado negro en 1993, se llegó a establecer una tasa promedio que se mantuvo en el tiempo entre 20 y 25 pesos por dólar, lo que ha posibilitado que las personas tengan más acceso

al consumo en este tipo de mercado. Ahora bien, ¿a qué consumo? Las personas destinan la mayor parte de su salario a la alimentación. Por otra parte, lo que dice Mayra respecto a la diferenciación o heterogeneidad del consumo es muy significativo; depende de la zona donde viven las personas, y no solo entre La Habana y Guantánamo, los extremos, sino entre los diferentes barrios de la ciudad de La Habana, entre los que existen marcadas diferencias. Basta con emprender una gira por las tiendas en divisas de los diferentes barrios, para comprobar que incluso la oferta no es la misma, porque las expectativas y los accesos al consumo varían según los barrios. Ha habido una fuerte estratificación de la población en tanto consumidores.

Entre 1996 y 1999 trabajé sobre la canasta de productos básicos alimentarios indispensables a consumir para el buen funcionamiento del cuerpo humano, según lo establecido por la FAO. A pesar de que la mayor parte de la energía de la canasta proviene de fuentes subvencionadas (mercado de productos racionados, comedores escolares y de centros de trabajo, autoconsumo, consumo social), en la estructura del costo de la canasta alrededor de 80% del gasto debe realizarse en los mercados de oferta y demanda, a altísimos precios que no están en correspondencia con los salarios percibidos, donde se deteriora grandemente su poder de compra. Además, si se compara el valor de la canasta con el salario medio, el primero supera ampliamente al segundo, y evidencia que una parte importante de la población no logra completarla; y si lo hace, no lo consigue con la calidad y cantidad de nutrientes necesarios. Aclaro que solo se está hablando de alimentos. Si se hablara de canasta básica (en la que también deben incluirse un conjunto de productos y servicios como electricidad, agua, pago de transporte, compra de zapatos, ropa, productos de higiene personal y del hogar y consumo cultural), el déficit de salario o ingreso crecería enormemente.

Rafael Hernández: Paso la palabra a los asistentes.

Asistente: Quisiera pedir al panel que profundice en el consumo en la esfera espiritual. Se tocó muy de pasada el acceso al sistema de educación que, en nuestro caso, anda por encima de países en desarrollo; existe un conjunto de posibilidades en Cuba, inéditas por lo menos en los países subdesarrollados.

Respecto a la estratificación del consumo, estaba pensando en las posibilidades que tiene el Estado de controlar o regular iniciativas del sector privado; por ejemplo, de esos sectores que hemos llamado los trabajadores por cuenta propia. ¿Qué posibilidades reales tiene el Estado de buscar mecanismos que permitan que el sector privado no lastime el consumo popular?

Asistente: Me llamó la atención lo que decía Ángel sobre la que quizás se pueda llamar arbitrariedad de las producciones para la oferta; es decir, cómo no hay una unidad en cuanto a las necesidades para hacer una oferta que, efectivamente, cubra la demanda. Me interesaría saber si existe algún mecanismo para que las empresas productoras o importadoras puedan estudiar ese problema. ¿Cómo y dónde se toman las decisiones?

Asistente: Desde el ángulo cultural, una de las cosas que se ha venido experimentando en los años 90, como consecuencia de esos procesos que ustedes han descrito, ha sido una especie de expansión de la cultura *kitsch*, determinada por varias cosas. Gracias a esa pacotilla barata que se vende en los llamados *malls*, como el de Carlos III, de pronto empiezan a generalizarse de nuevo en la cultura cubana los elefánticos de porcelana, los marqueses, las princesas, todas esas cosas que son más bien propias de una cultura del capitalismo periférico.

Asistente: Otra cuestión es que, en Cuba, el gran consumo está en los estratos sociales altos, pero también, paradójicamente, en los más bajos. Cuando se va al agro, generalmente quienes sacan los montones de dinero no son solo los de los niveles socioeconómicos más para arriba, sino también los de los niveles más para abajo. ¿Dónde quedan los sectores intermedios?

Mayra Espina: De alguna forma, todo eso se relaciona con la aceptación o no del consumo como un espacio de diferenciación legítimo. No se puede construir una sociedad de productores sin consumir, sin apropiarse de satisfactores, y no de una manera plana y diseñando las necesidades humanas por expertos en planificación.

En el socialismo, el modelo de consumo tiene muchos rasgos totalmente diferentes al capitalismo. En primer lugar, se produce una desmercantilización como aspiración del consumo. Viviana Togores tiene datos de cómo en los años 80, si uno analiza las fuentes de consumo y el acceso a él de la población cubana, hubo momentos en que era casi igual la del ingreso familiar y la de los fondos sociales. Casi había un equilibrio entre el acceso al consumo por ingresos individuales y familiares y el acceso por fondos sociales, así como una aspiración a que cada vez más los fondos sociales de consumo corrieran con la mayor parte de ese consumo. Por lo tanto, el consumo se ve como un espacio de igualdad y no como uno de desigualdad. Aquí, por supuesto, hay una visión del ser humano estructurada a partir de la homogeneidad. Si la del capitalismo está basada en la diferenciación, en la diversidad como sustrato; la del socialismo se sustenta en una idea de la igualdad como sinónimo de homogeneización, factor que de alguna manera sirvió de base al diseño de las políticas sociales que nos caracterizaron hasta los años 80. Por supuesto, siempre hay una distancia entre la intención de la política de distribución y la práctica en que se expresa. Quizás en países como Checoslovaquia, Hungría, la RDA, se partió de una visión del sujeto un poco más diversificada que la que había en Cuba, en la propia Unión Soviética o en Bulgaria; pero, de todas maneras, un ideal de igualdad y de homogeneidad que indefectiblemente aplanaba esa esfera del consumo funcionó en todas las experiencias socialistas.

Ángel Hernández: Por supuesto que existen diferencias en relación con los modelos de consumo socialistas y capitalistas. Estas se sustentan en el propio hecho de que existan servicios que se entregan de forma gratuita a toda la población, como la salud pública y la educación, o que existan servicios culturales, deportivos, con políticas distributivas basadas en precios bajos, y que haya productos subsidiados que se comercializan a precios más bajos que su costo. También se implementan diferentes modelos de consumo cuando se establecen políticas diferenciadas de precios por familias o grupos de productos para garantizar, en algunos casos, una mayor accesibilidad al consumo o, en otros, desestimularlo, como en el caso de productos nocivos para la salud.

De hecho, esta situación supone contradicciones, como aquella que plantea que en el socialismo las personas reciben ingresos o salarios de acuerdo con la cantidad y calidad de su aporte a la sociedad, mientras que todos los miembros de la sociedad reciben beneficios que nada tienen que ver con ese aporte.

Sobre las diferencias en el consumo en una sociedad capitalista y una socialista, nos falta por considerar los efectos de los procesos migratorios, que impactan no solo a nuestro país, sino también a toda la región, y que provoca un incremento sostenido de remesas. En una reciente investigación sobre el comportamiento internacional de los patrones de consumo de las familias receptoras de remesas, en los distintos países receptores, se advierte que el empleo es bastante universal. Todos los pueblos, incluyendo el nuestro, gasta entre 45 y 55% en alimentos, seguido por gastos en vestuario y calzado, e inversiones en algunos casos para el

mantenimiento, reparación y construcción de viviendas. Aun con sus variaciones regionales, el comportamiento de los gastos de las familias es bastante similar en todos los países, solo que, en aquellos donde que la educación y la salud forman parte de este presupuesto, adquiere una dimensión muy alta en relación con nuestro modelo de consumo. Los modelos de consumo están basados en ciertas definiciones acerca de las necesidades humanas y su jerarquía, así como en el papel de la sociedad en su satisfacción.

Por último, pudiéramos hablar del desarrollo de ciertos patrones de consumo globales que se van formando en las distintas sociedades y que, de alguna manera, influyen en la evolución de la oferta y en las necesidades de los consumidores en Cuba. La globalización tiene una determinada influencia en la conformación de nuevos patrones y modelos de consumo, porque uno de los impactos mayores de este proceso es que va uniformando las necesidades, no solamente por la comunicación promocional.

Hay otras tendencias internacionales como el incremento de la cultura de los consumidores, el respeto de los derechos y la protección de los consumidores, un tema actual en las Naciones Unidas. Cuba tiene que plantearse la protección al consumidor. Va siendo necesaria una ley sobre este tema.

Mayra Espina: Primero, quiero entrar en un cierto contrapunteo con Ángel sobre esas evidencias empíricas —que, por supuesto, acepto y reconozco la seriedad con que siempre las ha trabajado—, referidas especialmente al tipo de consumo de los países subdesarrollados. Ese es el patrón de la pobreza, y se asemeja al nuestro porque ahora nos estamos pareciendo más a cualquier país periférico que a cualquier país socialista. Aquí lo que está pasando ahora en nuestro consumo es que es casi el mismo de cualquier otro país de nuestra escala —salvando las distancias y las diferencias—, porque una buena parte está dependiendo de la capacidad individual y familiar, y eso es lo que nos está haciendo igual a cualquier otro país pobre. La mayor parte de los grupos sociales se gasta 50% de sus ingresos en comer, y hay momentos en que el porcentaje es incluso mayor. Se destina una parte ínfima de los ingresos a necesidades de mayor elaboración, además del componente estratificado del que hablábamos. En investigaciones recientes del Grupo de Estudios de Familia del CIPS —y suele ser hasta gracioso si no fuera tan dramático— se advierte que familias cubanas con necesidades primarias sin resolver, ahorran para comprarse un equipo de música, que en este país es una necesidad «básica», cuando a lo mejor con el mismo dinero pondrían un techo, harían una pared para tener más intimidad en su casa, etcétera.

De manera que existe un entramado entre la necesidad primaria y elemental y el patrón globalizado. Lo que quiero dejar marcado es una delimitación entre riqueza y pobreza, y esa es la que Ángel está clarificando. El patrón nuestro (o por lo menos de una proporción grande de nuestra población) es muy parecido al de los sectores pobres y populares de cualquier país del mundo. Entonces, esto nos lleva a lo que Rafael estaba reclamando: ¿qué nos está pasando ahora?, ¿cómo somos? Aquí hay que delimitar un parteaguas, un antes y un después. Para los que estudiamos este tema de la desigualdad, los años 80 son la década y el clímax de la igualdad. Las distancias de ingreso eran de uno a cinco, más o menos, quizás algún grupo social, algunos campesinos económicamente fortalecidos podían alargar un poquito más esa distancia; pero el promedio no pasaba de uno a cinco, con lo cual podíamos decir que el que más ganaba podía, teóricamente, haber consumido cinco veces más que el que menos ganaba. Pero el asunto no está ahí; el problema es que esta distancia de uno a cinco operaba en un contexto de fondos sociales de consumo, de un consumo social muy amplio y muy generalizado y de un consumo individual

muy restringido; es decir, la diferencia podía estar en que usted podía tener dinero para, en vez de comerse solo el pollo que le tocaba por la libreta, comprar cinco pollos más que el que ganaba cinco veces menos, pero el mercado estaba muy constreñido, con lo cual la impronta sobre la desigualdad del consumo a través de los mercados tenía un perfil muy débil. Habría casos puntuales, una gran diversidad; pero socialmente hablando, en términos de situaciones promedio, había una homogeneización muy extendida, aunque no estoy diciendo de ninguna manera que esa fuera la situación más positiva.

Esta se caracterizaba por un igualitarismo extremo. Y aquí hay otro componente muy importante: la fijación centralizada del consumo. Ese consumo estaba diseñado, articulado y puesto en práctica de manera central, pasando por encima de las peculiaridades territoriales, individuales, grupales, culturales. Fue un instrumento de igualdad que se diseñó y se encontró más práctico para este momento. ¿Qué pasó en los años 90, como resultado de aquella combinación fatal de crisis y reformas? Primero, hay una reestratificación muy clara de la sociedad cubana y buena parte de ella está corriendo a cuenta de los ingresos familiares e individuales. La manera como las estadísticas oficiales manejan los ingresos constriñen mucho el espectro de grupos, pues solo incluyen cinco estratos, de los cuales el inferior tiene ingresos por debajo de cincuenta pesos y el más alto por encima de doscientos. Con eso no se puede hacer ningún cálculo y es difícil aplicar las metodologías, por ejemplo, de cálculo del coeficiente Gini, que permite analizar las distancias económicas, cálculos usuales y abiertos en cualquier país. Nosotros hemos hecho algunos estudios cualitativos que, por supuesto, no son extrapolables, ni pueden encontrar distancias sociales promedio para la población cubana en su conjunto, pero sí por lo menos las más extremas. Hemos encontrado distancias de uno a diecinueve, de uno a veinticuatro, de uno a treinta y cuatro, al menos en la ciudad de La Habana, y esas son distancias para respetar. No digo que sean las más extendidas. Me estoy refiriendo, quizás, a situaciones extremas que se basan en los ingresos familiares, excluyendo los fondos sociales. Si en los 80 era una distancia pequeña, acompañada de espacios de igualdad y de una homogeneización muy grande, aquí son distancias grandes por ingresos, acompañadas de un deterioro de los espacios de igualdad, de su contracción, y de un fenómeno muy interesante que está ocurriendo, una especie de uso y de consumo mercantiles de los espacios diseñados para la igualdad. Esta entelequia sociológica se entiende muy fácil si se dice que alguna gente compra turnos para especialidades médicas importantes y deficitarias, y pagan al estomatólogo que es gratuito, y pagan ciertas plazas en la educación. Se empieza a hacer un uso mercantil, también dependiente del ingreso personal, de bienes diseñados para ser distribuidos y consumidos de manera igualitaria, lo cual multiplica ese efecto desigualitario del consumo.

También están apareciendo fenómenos como la exclusión parcial, la existencia de un conjunto de bienes de los que están excluidos algunos sectores poblacionales, por sus ingresos o por su ubicación territorial. Si bien siempre fue muy diferente nacer en Guantánamo o en Miramar, hoy es cinco o seis veces mucho más diferente. Asimismo se da la irrupción en nuestra sociedad del consumo simbólico —no quiere decir que antes no existiera, pero ahora toma una fuerza mayor, también diferenciadora. Antes la gente necesitaba un par de zapatos para que el hijo fuera a la escuela; ahora el niño necesita una marca de zapatos. No estoy diciendo que en los 80 este fenómeno no existiera, pero su perfil era muy bajo. Hoy el entrelazamiento de consumo y estatus se ha reforzado. Ese ideal del consumo en el socialismo, ese espacio de igualdad, se ha quebrado. El ideal puede permanecer en la teoría, pero la práctica está retando al ideal.

Esto tiene que ver no solo con crisis y reformas, sino también con la globalización de patrones de consumo y con la tensión homogeneidad/heterogeneidad que está ocurriendo en el mundo entero, y de la que no escapamos. Para la realidad cubana contemporánea, el tema del consumo como un espacio de tensión entre igualdad y desigualdad está claro como una temática necesaria no solo para las ciencias sociales, sino especialmente para el diseño de políticas. El consumo está adquiriendo algunos rasgos perversos, como el de excluir gente, de pérdida de los valores de la racionalidad al consumir, etc. Pero, por otra parte, también es un momento de rescate del consumo como una parte de los derechos de las personas, como un espacio donde se expresan diferencias culturales muy legítimas si no están atravesadas por una relación de enajenación y de explotación. Esa es otra asignatura pendiente del socialismo: una concepción del consumo como espacio normal de expresión de lo individual y de lo social diferente que alguna vez tendremos que aprender.

Rafael Hernández: ¿Estás de acuerdo con lo que ha dicho Mayra en relación con este problema?

Ángel Hernández: Respondiendo a tu pregunta sobre los cambios internos ocurridos en el consumo, en los inicios de la década de los 90 comienza una nueva etapa en su desarrollo en el país, provocada no solo por el impacto de medidas como los envíos de remesas, entre otras. Esta situación sucede internacionalmente como efecto de la globalización, que hace que las personas de los países pobres vayamos a los países ricos a trabajar y enviemos el dinero para que nuestras familias puedan vivir. Pienso que es una relación no solo de Cuba, sino un impacto que sucede prácticamente en todo el Tercer mundo y América Latina en particular.

Los cambios acontecidos también están basados en la existencia de otros ingresos en divisas que tienen algunos sectores de la economía, como el turismo, y cierta política de estimulación a trabajadores de sectores emergentes, así como también los ingresos provenientes de los que trabajan en el exterior en sectores como la salud, la educación, los deportes, etc. Ahora bien, estos son factores económicos que influyen en el acceso a bienes de consumo y a la formación de determinados patrones, pero existen otros aspectos subjetivos del lado del desarrollo de las necesidades.

Estamos en medio de una transformación en la esfera del consumo, debida entre otros factores, al acceso a la información sobre productos, a los modos de consumo y estilos de vida de otros pueblos, al desarrollo del comercio interior y de las formas comerciales creadas y desarrolladas desde la pasada década, a los cambios tecnológicos y a la creación de nuevos productos, al empleo de Internet y al desarrollo del turismo.

Viviana Togores: Entonces, ¿vamos a entender al consumidor —como muy bien tú aclarabas— no porque recibe remesas, sino porque está articulado a la producción del país y percibe un salario relacionado con ella? Las remesas siempre van a establecer la diferencia, y no es la más deseada, pero estamos plenamente de acuerdo en que las diferencias tienen que existir, y en que esta tiene que ser una sociedad justa, con equilibrio, pero diferente. Eso es imposible de otra manera. Ahora, ¿cómo vamos a entender entonces el problema de los sectores intermedios? De hecho, en el capitalismo y en el socialismo son los que generan, los que le dan la salud a la sociedad, los motores impulsores, los profesionales, los estudiantes, los campesinos, los trabajadores —son los que están, los que impulsan, y sin embargo son los más preteridos en Cuba.

Rafael Hernández: Voy a dar la palabra a dos asistentes que la han solicitado para aclaraciones puntuales.

Asistente: Se habló de las remesas, y quisiera precisar qué método es el que se utiliza para ese cálculo.

Asistente: Al principio, Viviana dijo que a partir de los 90 se había empezado a hablar de la cultura del consumidor. Pero antes de esa década existía, por ejemplo, la revista *Opina*, y entonces ya yo había oído hablar de consumidores, de derechos y cultura del consumidor. Por otra parte, quisiera preguntar si ustedes creen que este *impasse* de un momento de depresión de la economía borrará la cultura que ya tenían los consumidores, si la gente querrá consumir lo que le estén proponiendo después, o seguirá teniendo sus mismas necesidades según la cultura que tenga, la instrucción o donde vivan, etc. Yo misma tengo como «dormida» mi cultura de consumidora, pero en cuanto tengo un poco de dinero quiero lo mismo que quería antes: libros, cultura, el tipo de comida que comía, todo eso.

Ángel Hernández: Van a exprimir al panel. Le respondo a la compañera que preguntó si las empresas tenían algún mecanismo para estudiar la demanda o las necesidades de los consumidores. Mi experiencia profesional en el perfeccionamiento empresarial me conecta con documentos de base y metodológicos que plantean muchos aspectos relacionados con la mercadotecnia, documentos tremendamente revolucionarios. También hay una conciencia bastante en ascenso por parte de los directivos de muchas empresas en nuestro país de lo que es la investigación de mercado, porque, a mi juicio, de lo que tú estás hablando es de la práctica y del uso de la investigación de mercado, la única actividad clarificadora de las cosas que se necesitan para las personas que dirigen las empresas. Recuerdo que al principio se hacían fábricas y después se preguntaba qué demanda había de aquello que se estaba produciendo. Ya por suerte, esa relación se ha invertido; ya se preguntan qué demanda hay de tal artículo, y el tamaño de una tienda depende de la demanda en un territorio determinado. Va quedando atrás la práctica de poner una tienda en tal lugar sin saber si ahí, efectivamente, hay demanda o hay más demanda en otros lugares para poner la tienda.

Mayra Espina: Lo que marca la diferencia entre Cuba en los 80 y ahora con cualquier otro país periférico o subdesarrollado, es el peso relativamente alto del consumo asociado a una política distributiva de igualdad, especialmente para bienes culturales, política que imagina un sujeto con unas necesidades más amplias; en concreto: educación, cultura, deporte, salud, derechos ciudadanos inalienables. Precisamente la lección cubana es no dismantelar ese sistema sea cual sea la disponibilidad de bienes y su carácter universal. Eso es lo que distingue a Cuba. El problema es que las crisis no dejan intactas la calidad y la capacidad real de satisfacción de necesidades que tiene ese sistema. Esa es una ventaja comparativa con respecto a cualquier otro país de nuestra escala y de nuestros recursos, pero eso no quiere decir que no haya un deterioro. Esa es la razón, incluso, por la que las diferencias están corriendo a cuenta de los ingresos individuales. Esa zona del consumo está deprimida, deteriorada, es superior al de cualquier otro país de la escala nuestra. Por supuesto, el carácter universal de estos servicios hace que, a diferencia de cualquier otro país, el acceso de los sectores populares a los bienes disponibles —la idea de *disponible* es muy importante— es excepcionalmente superior al de cualquier otro lugar. Aun cuando actualmente la política social cubana transita por una nueva etapa de recuperación de los servicios públicos esenciales y de elevación de su calidad, de expansión masiva del acceso a la educación superior y

de atención focalizada a las desventajas sociales, no ha logrado remontar la pobreza, sino ampararla; tampoco ha conseguido atender (o entender) la diversidad como elemento normal de la vida social, que diferencia nuestros intereses y satisfactores.

También llama la atención el tema muy actual de las estrategias de sobrevivencia: ¿qué hace la gente para tener dinero y qué es eficiente? En los estudios que hemos realizado aparece que es muy eficiente una combinación de estrategias, el que tiene remesas y además trabaja en una firma y además se da su viajecito al extranjero, está muy bien; debe ser de esos núcleos que tienen los 1 000 dólares mensuales. Pero hay otras estrategias bastante eficientes para generar ingresos: las ilegales. Lo que pasa es que muchas veces producen ingresos altos, pero no pueden cambiar el entorno, porque algunos viven en casas que se están cayendo, tienen un conjunto de necesidades acumuladas que no pueden variar aunque sus ingresos sean más altos que los de un profesional, porque el mercado no lo permite, porque lo que está normado no lo permite, no hay una real disponibilidad.

En mis estudios de desigualdad, estoy usando un esquema de clase. No renuncio a que estamos ante una situación clasista y una reconfiguración de clase. La pequeña burguesía, por lo menos, se está reconfigurando muy claramente, y tiene un patrón de consumo que se parece, en un conjunto de rasgos, al de la pequeña burguesía de Miami; porque las remesas también vienen acompañadas de patrones y de comportamientos de consumo característicos. Como ya hemos visto, el consumo está definido por un entramado de dimensiones materiales, espirituales, culturales, económicas; por tanto, hay grupos que en cuanto recuperan su capacidad de consumir vuelven a tratar de estructurar sus patrones culturales, o incluso despliegan nuevas capacidades y nuevos consumos; pero hay otros para quienes la pérdida es casi irreversible, porque van a seguir consumiendo lo mismo, aunque aumenten sus ingresos.

Por último, quería decir que el reto de conservar la naturaleza socialista del proyecto, en lo que tiene que ver con el consumo, pasa por mantener una política de igualdad que reconozca las diferencias, que use el consumo como espacio de igualdad, pero también de diferenciación adecuada. Sé que esta perspectiva tiene dos problemas fundamentales —y el pronóstico de Viviana es bastante pesimista para esto. Uno es la eliminación de la pobreza —socialismo y pobreza no pegan, porque el sistema no es para repartir la pobreza, sino para vivir un poco mejor todos— y, por otra parte, también es elemental la recuperación de los ingresos provenientes del trabajo. No se trata de prohibir las remesas, al contrario, nos demoramos mucho en aprovechar sus ventajas, el asunto está en una elevación relativa de aquellos ingresos que provienen del aporte individual al bien común. Se dice muy rápidamente, en una situación de crisis parece muy enmarañado, pero si no vamos por ahí, todo lo demás que hagamos resulta secundario.

Viviana Togores: Voy a ser muy breve, y tocaré tres puntos. Uno es que se habla de redes del Estado que establecieran mecanismos para regular los precios y el acceso de las personas a los mercados existentes. Para mí, el mecanismo está claro, y tiene dos componentes fundamentales: mayores concurrentes al mercado y mayor cantidad de productores con sus productos en competencia. Es necesario pasar por la eficiencia productiva para llegar a esa competencia; si no hay producción, si no hay competencia en el mercado, los precios no bajan. No hacemos nada con crear un mercado estatal con precios un poquito más bajos, como están los mercados de precios topados, que, al final, no pueden ofertar lo que el mercado agropecuario, y hay que terminar yendo al mercado agropecuario.

Segundo punto: ¿Qué tipos de estudios y de estimaciones hay respecto a la cantidad de remesas? Las formas de cálculos o estimaciones a que hice referencia

se basan en porcentajes de gasto de la población en tiendas en divisas; otras utilizan la declaración de la población en encuestas —generalmente están subdeclaradas—; otros mezclan los métodos. Quizás no sean los cálculos más exactos y muchos muestren reservas al uso de esta información, pero, al menos que yo conozca, los que estudiamos esta problemática no tenemos acceso a información estadística pública que permita hacerlo bajo otros métodos.

Tercer punto: Con respecto a la cultura del consumidor, mi idea fue que no es que no existiera un estudio de la cultura del consumidor, de hecho, existía en el período previo a la crisis, pero la óptica con que se veía al consumidor era diferente.

Mayra Espina: Era más política.

Viviana Tогores: La política seguida —Angelito lo decía— no tenía un estudio previo de necesidades y gustos del consumidor. Chocábamos con el problema de los *stocks* de mercancías sin salida en el mercado. Entonces, lo que sí creo es que ha habido un cambio en la óptica de focalizar a la persona que recibe el producto; antes era, sencillamente, un receptor, «te toca y te lo tienes que llevar», no tienes alternativa; ahora hay alternativas.

Rafael Hernández: Bueno, antes de cerrar, yo quisiera que Ángel dijera cuáles son las remesas, y cómo se estudia eso tan difícil.

Ángel Hernández: No es tan difícil. Hay métodos de estimación ya estandarizados. Respecto a lo que decía Viviana en relación con las formas en que llegan las remesas al país, efectivamente, hay un porcentaje que entra por vías oficiales, es decir, por las vías electrónicas de la Western Union, Transcard, y todas las agencias estructuradas para hacer este tipo de transacciones. Por demás, en todos los países que tienen este tipo de transacciones hay una gran suma que entra por vías informales que no hay posibilidad de cuantificar. Normalmente, los datos que aparecen en los balances económicos de pago son las transacciones oficiales que recibe el Banco Nacional de Cuba, una cifra por lo general subestimada. Hay cálculos de organizaciones internacionales como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que estiman no solamente para Cuba, sino para toda la región y se basan en una serie de estadísticas de lo que representan las vías informales para cada país.

En Cuba hay varios métodos, de acuerdo con el objetivo que se tenga en el análisis. Hay un conjunto de informaciones relacionadas con las ventas totales en las tiendas en divisas. Es cierto que remesa no es igual a venta, pero da una medida de por dónde va. Siempre es superior a las ventas porque, lógicamente, tiene que haber mayor cantidad de ingresos que las ventas consolidadas, y entonces se aproxima; hay métodos macros y micros. Hay una curva que se viene estimando desde hace muchos años, no solo para Cuba, sino para todo el mundo, a partir de la evolución de los flujos de emigrados, y se hacen las encuestas allá. Hay estimaciones micro que parten de los comportamientos familiares, de la cantidad de remesas que llegan. Informaciones estadísticas sobre el comportamiento de las ventas en entidades que operan en el mercado interno en divisas, encuestas sobre este tema en el exterior, así como otras investigaciones casuísticas, permiten contar con una base informativa que posibilita este tipo de estimaciones. Como parte de mi trabajo, también se hacen pronósticos a mediano y largo plazo, pues este fenómeno desempeña un papel importante en el volumen de la demanda de bienes y servicios para la próxima década.

De todas formas, como esto es casi la cosa en sí de Kant, que no se puede conocer porque no hay registros estadísticos para hacerlo, siempre hay un margen de error en estas estimaciones. El monto de las remesas que entran a Cuba no es un número fijo, sino una función que crece con los años, y depende en gran medida de

la migración anual y del comportamiento de los emigrados, lo que se conoce por diversas fuentes. El monto de las remesas remitidas hacia países de América Latina crece, es un dato a considerar.

Mayra Espina: ¿Cómo se hace?

Ángel Hernández: No se contemplan dentro de este estimado de dinero la cantidad de ropa, calzado, medicinas, etc., que entra por la aduana. Se realizan veinticinco viajes semanales a Cuba; esta cifra se multiplica por la cantidad de pasajeros; se hace un estimado para Cuba de todo lo que puede entrar por la aduana sin preguntarle a nadie en la aduana y sin abrirle la maleta a nadie. Hay formas de estimar. A estas maletas se le calcula un precio promedio de ropa, de medicinas y se obtiene un valor que da, aparte de los ingresos en moneda extranjera, cuánto entra por ropa, por calzado, por medicinas y demás. Todo esto forma un gran número, en dinero constante, que oscila entre 800 y 1 200 millones de dólares en los años actuales.

Rafael Hernández: Muchísimas gracias al panel y también a los asistentes por las preguntas.

Participantes:

Mayra Espina. Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

Ángel Hernández. Investigador. Corporación CIMEX.

Viviana Togores. Economista. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

Rafael Hernández. Politólogo. Director de la revista *Temas*.